

de ella algun fruto. ¿Has perdido infelizmente casi todo el año que acaba? No pierdas á lo menos los dos últimos dias que quedan; empléalos todos en indemnizarte de los dias perdidos. Empieza pidiendo perdon á Dios del tiempo que has perdido en todo este año, y ten de ello verdadero pesar y una sincera contricion. Haz una confesion de las principales faltas y culpas de todo este año; y acúsate con vivo arrepentimiento del tiempo perdido. Ten media hora de meditacion esta mañana; el primer punto de la meditacion de este dia puede ser sobre las faltas del año pasado, y el segundo sobre como has de emplear estos dos dias en oracion y en ejercicios de buenas obras; y ten el consuelo de pasar cristianamente á lo menos estos dos dias últimos.

2 No dejes de ir á hacer una especie de enmienda honrosa á las iglesias donde has estado con menos respeto durante el año; ni dejes de reconciliarte con tus enemigos, si los tienes. Repara hoy por la devocion con que hicieres tus oraciones, las que has hecho con tan poca religion. Oye, si puedes, muchas misas, y repara por todos caminos tus irregularidades pasadas.

## DIA XXXI.

### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN SILVESTRE PAPA, en Roma; el cual bautizó al emperador Constantino magno, y confirmó el concilio de Nicea, y despues de otras cosas que hizo como muy fiel ministro del Señor, descansó en paz. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LAS SANTAS DONATA, PAULINA, RÚSTICA, NORMINANDA, SERÓTINA, HILARIA Y SUS COMPAÑERAS, en Roma tambien, en la via Salaria, en el cementerio de Priscila.

LOS SANTOS SABINIANO, OBISPO, Y POTENCIANO, en Sens; los cuales enviados allá por el papa á predicar el Evangelio, ilustraron aquella metrópoli con el martirio de su confesion.

SANTA COLUMBA (ó COLOMA), virgen y mártir, tambien en Sens; la cual en la persecucion del emperador Aureliano, habiendo vencido el fuego, fué degollada. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN HERMES, exorcista, en Rectaria.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS ESTEBAN, PONCIANO, ATALO, FABIAN, CORNELIO, SIVTO, FLORO, QUINCIANO, MINERVINO Y SIMPLICIO, en Catania en Sicilia.

SAN ZOTICO, presbitero romano, en el mismo dia; el cual pasando á Constantinopla tomó á su cargo el sustentar á los huérfanos. (Por su nobleza y santidad fué otro de los distinguidos personajes que el gran Constantino llevó de Roma para ilustrar su nueva corte de Bizancio (llamada despues de su nombre Constantinopla). Fué allí Zotico el



S. SILVESTRE, PAPA Y C.

primero que en beneficio de los pobres fundó un hospital, y se ejerció con indecible caridad en socorrer, servir y educar á los huérfanos y necesitados. Le honran con muchos elogios el Menologio, y varios escritores griegos. *Luque.*)

SAN BARBACIANO, presbítero y confesor, en Ravena. (Era presbítero de Antioquía. Vino en el siglo IV á Roma con otro sacerdote llamado Timoteo, y habiendo vivido algun tiempo en el cementerio de Calixto, se difundió tanto la fama de sus virtudes y milagros, que la augusta Galla Plácida, madre del emperador Valentiniano, se lo llevó consigo á Ravena, en cuya corte, á solicitud del santo clérigo, fundó la emperatriz un suntuoso templo en honor de S. Juan Evangelista: en esta iglesia se empleó Barbaciano en servir á Dios y al prójimo, no adquiriendo inferior crédito que en Roma por su santa vida y obras maravillosas. Murió pues, amado de Dios y de los hombres, y S. Pedro Crisólogo lo enterró en la iglesia misma que él habia ilustrado con sus virtudes. S. Pedro Damian en el día de su festividad pronunció un panegirico en su alabanza. *Luque.*)

SANTA MELANIA, la jóven, en el mismo día; la cual juntamente con su marido Piniano dejando á Roma, se fué á Jerusalem, en donde ella entre unas vírgenes consagradas á Dios, y el marido entre los monges, vivieron vida religiosa, y acabaron santamente. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Y en otras partes otros muchísimos santos Mártires, Confesores y Santos Vírgenes. *ñ. Deo gracias.*

## SAN SILVESTRE, PAPA.

SAN Silvestre, destinado por Dios para los primeros dias serenos que vió la Iglesia, libre ya de aquella multitud de perseguidores que la habian hecho gemir por espacio de mas de trescientos años, y viendo en el número de sus hijos al mas grande y mas poderoso emperador que habia habido hasta entonces en el mundo; S. Silvestre, digo, era romano, hijo de Rufino, de una familia opulenta, y que hacia en Roma uno de los primeros papeles. Sus padres eran cristianos, y juntaban á su zelo por la fe una probidad y una caridad ejemplar. Uno de sus primeros cuidados fué dar á su hijo una bella educacion, é inspirarle desde la cuna el amor á la virtud cristiana. Conociendo de cuanta consecuencia es para un jóven el tener maestros hábiles y virtuosos, le dieron por preceptor un santo hombre llamado Cirino, uno de los mas hábiles y mas piadosos que habia en el clero de Roma.

El bello natural del jóven Silvestre, lo despejado de su espíritu, su docilidad y su agrado abreviaron mucho las lecciones del santo sacerdote. Los progresos que hizo en las letras, especial-

mente en la ciencia de la religion, por mas pasmosos que fuesen, no fueron inferiores á los que se le veian hacer cada dia en la virtud y en el ejercicio de las buenas obras. Tenia gran gusto en recibir á los fieles extranjeros que venian en peregrinacion á los sepuleros de los santos apóstoles, los conducia el mismo á la posada, les lavaba los pies, les servia á la mesa y les proveia abundantemente de todo lo necesario. Tuvo el consuelo de recibir entre otros á S. Timoteo, el que habiendo venido de Antioquia á venerar las reliquias de los santos mártires, despues de haber trabajado con un prodigioso suceso en la conversion de los infieles por la fuerza y uncion de sus instrucciones, mereció aumentar el número de los mártires, alcanzando la palma del martirio. S. Silvestre tuvo medio de hacerse con su cuerpo, y le enterró con todo el honor que la persecucion de los paganos le pudo permitir. Tarquino Perpena, prefecto de la ciudad de Roma, sabiendo que el santo mártir estaba hospedado en casa de nuestro Santo, imaginó que Timoteo habia traído grandes riquezas á Roma del Oriente; y así mandó prender á S. Silvestre, le metió en la cárcel, resuelto á hacerle morir, á lo menos por ser cristiano, esperando con esto tener un doble despojo; pero la Providencia hizo inútiles todos sus designios, porque el prefecto murió el dia siguiente, habiéndose tragado una espina de pescado que le ahogó en pocas horas. Esta muerte tan repentina hizo diaran libertad al santo encarcelado, el que volvió al punto á sus acostumbradas obras de misericordia.

La vida pura y ejemplar de nuestro Santo dió á conocer bastantemente que no se quedaria en el siglo. En efecto, fué admitido en el clero á los treinta años de edad, y le ordenó de sacerdote el papa S. Marcelino. Esta nueva dignidad fué un nuevo lustre á su eminente virtud. Conoció la santidad y las obligaciones de su estado, y se dedicó á cumplir con ellas: quizá no se vieron jamás costumbres mas puras, piedad mas ferviente, ni porte mas mortificado, mas humilde ni mas devoto. Su capacidad, junta á una regularidad extraordinaria, atrajo sobre él una furiosa persecucion de parte de los donatistas, que no pudiendo sufrir el que S. Silvestre quitase la mascarilla á su hipocresia, y confundiese á sus mas hábiles partidarios, tanto en particular como en público ejercitaron porfiadamente su caridad y su zelo; pero toda su malicia solo sirvió para hacer conocer mas bien el mérito de nuestro Santo; pues habiendo muerto el papa S. Melchíades el año 314, S. Silvestre fué ensalzado de comun consentimiento del pueblo y del clero á la Santa Sede.

Habia empezado á respirar la Iglesia despues de la muerte del

impío Diocleciano: mas aunque el emperador Constantino, despues de la célebre victoria sobre el tirano Majencio, la que este gran príncipe conocia deber á la virtud de la cruz de Jesucristo, se habia declarado altamente por los cristianos; con todo, los magistrados paganos no dejaban de perseguirlos, especialmente mientras duró la guerra que este emperador se vió obligado á hacer á Maximino y á Lucio sus cólegas en el imperio. La proteccion abierta que este príncipe concedia á los cristianos irritó furiosamente á los paganos, los que aprovechándose de su ausencia, no omitieron diligencia alguna para esterminar á los cristianos de Roma; este era el último esfuerzo que hacia el infierno contra la religion. Aunque el santo papa deseaba dar su vida y su sangre por Jesucristo, con todo creyó debia guardarse para cuidar de su querida grey, la que en unas circunstancias tan críticas tenia mucha necesidad de su vigilancia y de su caridad pastoral. Y así le fué preciso salir de Roma y retirarse al monte Soracte, llamado despues de S. Silvestre, distante de la ciudad unas siete leguas.

Las actas de este Santo, autorizadas por gran número de autores célebres, tanto griegos como latinos, y por una venerable tradicion que sigue la Iglesia todavía el dia de hoy en el oficio del Santo, dicen, que viéndose el emperador Constantino cubierto de una especie de lepra, la que era muy comun en aquel tiempo, consultó sobre ello á los mas hábiles médicos del imperio, los que siendo todos paganos, convinieron unánimemente en que el baño de sangre de niños pequeños era el único remedio eficaz para la mencionada enfermedad. Aunque este príncipe deseaba ardentemente sanar, se horrorizó no obstante del remedio; el aprecio que hacia de la religion cristiana, de la que todavía no tenia entonces mas que una ligera tintura, comenzó á inspirarle ya sentimientos mas humanos, y así rehusó tomar un baño tan bárbaro. La noche siguiente tuvo una vision, en la que vió en sueños dos venerables ancianos, cuyo porte apacible y majestuoso á un mismo tiempo le daba á entender bastante la dignidad de sus personas; los cuales acercándosele, le dijeron cuán agradable habia sido á Dios aquel acto de clemencia, y le añadieron, que enviara á buscar al monte Soracte á Silvestre, sumo pontífice de los cristianos, quien le mostraria un baño mucho mas saludable, con el cual sanaria al punto no solo de la lepra del cuerpo, sino tambien de la del alma. Habiendo despertado Constantino, llama á sus oficiales, y les manda le traigan sin dilacion al soberano pontífice de los cristianos, llamado Silvestre, el que hallarán en el monte Soracte. Al ver el santo

pontifice los oficiales del emperador con orden para llevarle á su presencia, no dudó seria para darle la corona del martirio; pero fué recibido del príncipe con afabilidad y con honor: declaróle la vision y el orden que habia tenido, el que creia venir del cielo, quien queria curarle de su lepra.

San Silvestre, gustosamente sorprendido del buen acogimiento del emperador, y de lo que acababa de oír, le dijo: No dudes, gran príncipe, que la vision que has tenido viene de Dios. En cuanto á los dos venerables viejos que has visto, conocerás viendo sus retratos que son los dos grandes apóstoles de Jesucristo, las dos principales columnas de su Iglesia; y habiéndole mostrado las imágenes de S. Pedro y S. Pablo, reconoció Constantino en ellas á los dos viejos que habia visto en sueños. Este suceso obró una gran mudanza en el alma de este gran príncipe, el que quiso ser instruido á fondo en los misterios de nuestra religion; y obrando la gracia en su gran corazon, fué admitido entre los catecúmenos. La santa impaciencia que mostró de ser cristiano, obligó á S. Silvestre á abreviar el tiempo de las pruebas. Fué en fin bautizado por nuestro Santo; y apenas fué metido en las sagradas aguas del bautismo, cuando desapareció la lepra, y su alma quedó limpia de toda mancha.

No se puede decir cual fué en esta ocasion el gozo del emperador, y los clamores de alegría de todos los fieles. Su ternura y su veneracion á S. Silvestre fueron estremadas desde este dia: le miró siempre como á su padre en Jesucristo, y le veneró como á su maestro. Constantino, todavía mas grande por su piedad y su zelo por la religion, que por las victorias que habia conseguido sobre todos los enemigos del imperio, empleó todos los ocho dias que llevó el hábito de neófito, dicen sus actas, en hacer leyes y ordenanzas dignas del primer emperador cristiano. Dirigido por S. Silvestre empezó anulando todos los edictos hechos por los emperadores paganos contra los cristianos, y publicó muchos en su favor para el establecimiento y la gloria de la religion cristiana, cuyo libre ejercicio estaba ya establecido en todas partes, mandando al mismo tiempo abolir generalmente las supersticiones paganas. Se demolieron los templos de los ídolos en todo el imperio, y se edificaron sobre sus ruinas en Oriente y Occidente templos consagrados al verdadero Dios; de modo, que puede decirse que si el gran Constantino fué el instrumento de que se sirvió Dios para hacer triunfar la verdadera religion, S. Silvestre fué como el alma de todas estas gloriosas hazañas. Movi6 al emperador á edificar la magnífica basilica del Salvador, llamada S. Juan de Letran, y la de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo,

la que este príncipe enriqueció, dándola muchos tesoros, despues de asignarla rentas suficientes para la manutencion de un gran número de eclesiásticos.

Mientras que el religioso príncipe hacia triunfar la religion católica del paganismo por sus magníficas liberalidades, S. Silvestre conseguia insignes victorias sobre los judíos y herejes. A aquellos los confundió en presencia del emperador, y juntó contra ellos muchos concilios, en los que el error fué proscrito. El principal fué el de Nicea, el cual es el primer concilio general, al que concurrieron trescientos diez y ocho obispos, la mayor parte gloriosos confesores de Jesucristo; en él se condenó la impia herejía de Arrio. Asistió á él el emperador Constantino, y dió raros ejemplos de humildad y de religion. El puesto que se le dió, los honores que se le hicieron, y los elogios que se hicieron de su zelo y su virtud, prueban evidentemente, dice el cardenal Baronio, que habia ya recibido el bautismo. Despues de la solemne condenacion del arrianismo, despues del famoso simbolo de fe que allí se hizo, escribió el concilio á S. Silvestre, pidiéndole la confirmacion de sus decretos; y habiendo juntado este santo papa otro concilio en Roma para este fin, confirmó todo lo que el de Nicea habia hecho, con estas palabras: *Confirmamos de palabra, y asimismo nos conformamos con todo lo que ha sido establecido en la ciudad de Nicea, en Bitinia, por los trescientos diez y ocho bienaventurados obispos, para el bien y conservacion de la santa madre Iglesia católica y apostólica; y anatematizamos á todos los que intentaren destruir la difinicion de este grande y santo concilio, al que se ha hallado presente el piísimo y venerable príncipe Constantino Augusto.*

La vigilancia del santo pontífice y su solicitud pastoral no se contentó con cuidar de la pureza de la fe, sino que se estendió tambien á perfeccionar la disciplina eclesiástica, para lo cual juntó algunos concilios. Uno de los mas considerables fué el de Arles, á que asistieron los obispos de las Galias, de Italia, de España y de Africa, donde se estableció que la fiesta de la Pascua se celebrase el domingo despues del dia 14 de la luna de marzo. En él se condenó la reiteracion del bautismo, observada por los africanos. Ceciliano obispo de Cartago, fué declarado inocente de los delitos de que le acusaban los donatistas, y se hicieron leyes muy justas contra los cismáticos. Finalmente, despues de haber edificado muchas iglesias en Roma y en otras partes; despues de haber hecho decretos muy prudentes y muy útiles para perfeccionar la disciplina de la religion cristiana; despues de haber gobernado la Iglesia con una prudencia admirable, y con un acier-

to maravilloso por espacio de veinte y dos años, consumido de trabajos por la gloria de Dios, y colmado de merecimientos, salió de esta vida mortal para ir á gozar en el cielo de la que no tendrá jamás fin. Sucedió [su muerte el año 335 de Jesucristo, siendo de una edad muy avanzada. Su cuerpo fué enterrado con mucha solemnidad en la Via Salaria, en el cementerio de Priscilla, á una legua de Roma.

SANTA COLUMBA DE SENS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

EN un priorato que tiene el real monasterio de Sta. Maria de Nájera de la órden de S. Benito, se venera el cuerpo de la gloriosa vírgen y mártir Sta. Columba, no la de Córdoba como creyeron Morales y Sanchez de Feria y otros, la cual padeció en la persecucion de los árabes, como dijimos el día 17 de setiembre; sino la que en el imperio de Aureliano padeció en Senonas, hoy Sens en Francia, metrópoli de la provincia Lugdunense. Tillemont y Baillet pusieron en duda la legitimidad de las actas de este martirio que trae Surio tomadas del Belvacense, por no haber tenido presente que en todo son conformes con el oficio de nuestra Santa, que se halla en el misal y breviario Muzárabes anteriores al siglo v, bien que ilustrados y aumentados despues por S. Leandro y S. Isidoro. Por estos monumentos tan autorizados de nuestra Iglesia consta la certeza de lo que las actas dicen, que viniendo el emperador Aureliano desde Oriente, y entrando en Senonas, comenzó á hacer pesquisa de los cristianos que habia en aquella ciudad; y teniendo noticia de Columba, la hizo llevar á su presencia. Preguntóle á quién veneraba, y respondió ella que á Cristo. Probó él su constancia con varios tormentos, todo era por demás. Luego en un aposento del anfiteatro la espuso á la brutalidad de un mozo, cuya desenvoltura contuvo ella con el poder de Dios, atemorizóle con una osa que repentinamente salió de la leonera, sobre todo esto le alcanzó el don de la fe y ánimo celestial para confesarla. Tambien apagó Dios el fuego que pegaron á la casa donde estaba la santa vírgen para que allí se abrasase. Sacáronle de la cárcel, y en el anfiteatro le cortaron la cabeza. Antes de morir se oyó una voz del cielo que decia: Ven, paloma mia, abiertos están para tí los cielos. El paraiso te da el parabien de la victoria. El Hijo de Dios te aguarda con la corona de la gloria para ponértela en la cabeza. Los ángeles están prevenidos para recibirte y traerte á esta gran ciudad la celestial Jerusalem. Fué su glorioso tránsito tal día como hoy, en lo cual convienen el antiquísimo Martirologio Jeronimiano, los

de Usuardo, Beda, Adon y todos los siguientes. En señalar el año en que padeció nuestra Santa, pudiera haber alguna dificultad, por las tres diferentes ocasiones en que vino Aureliano á las Galias. El M. Risco juzga que fué esto en el primer viaje que el año 273 hizo á estas provincias siendo ya emperador, con el fin de sacarlas del poder de Tetrico, y restituirlas al imperio. Porque constando por el Martirologio de Beda que Aureliano era ya emperador cuando padeció Sta. Columba, y que esta Santa fué degollada á su presencia el día 31 de diciembre, no puede fijarse este suceso en el año 259 en que tenia el imperio Valeriano, y él no era sino gobernador de la provincia de Sens; y menos en el de 274 en cuyos últimos meses se hallaba muy distante de Francia.

Ignórase el tiempo en que fué trasladado á España el cuerpo de Sta. Columba. Uno de los pueblos que tomaron los árabes cuando se apoderaron de España, fué Tricio, que desde los romanos se contaba por ciudad de los berones. Esta poblacion tenia junto á sí una aldea llamada ya entonces Sta. Coloma, cuyo nombre conserva, distante dos leguas de la ciudad de Nájera. Esta aldea estuvo en poder de los moros hasta el año 923 en que el rey D. Ordoño II la recobró juntamente con Nájera, y reedificó el monasterio consagrado á honra de nuestra santa vírgen, donde estaban depositadas sus reliquias. El oficio de Sta. Coloma se celebraba ya en tiempo de los godos el día 31 de diciembre, destinado únicamente á su fiesta. De aquí pasó á los breviarios que se formaron despues para el uso de cada diócesi. Y aunque en algunas de ellas se consagró este día al glorioso pontífice S. Silvestre, no por eso se omitió la memoria de nuestra santa vírgen. Algunas trasladaron su fiesta, otras se contentaron con hacer de ella conmemoracion: muchas guardaron constantemente su festividad.

Muy de antiguo comenzaron en España á tomar algunas mujeres el nombre de esta gloriosa vírgen. S. Braulio hace memoria de una doncella llamada Columba, hija de Máximo, curada milagrosamente por S. Millan en un pueblo de la Rioja. En muchos lugares principales hay ermitas con la advocacion de esta Santa. En Burgos hubo tambien con su nombre una iglesia pequeña, pero muy antigua, en la calle mas alta de la ciudad que llaman ahora Vejarrua. En Sigüenza hay dignidad con el mismo título, dice Ambrosio de Morales, y una capilla tambien con su advocacion, riquísima en labor, y mas en la renta, y de mucha devocion en el servicio y oficios que en ella se celebran. Las regiones de Asturias, Galicia y Portugal llenas están, dice el mis-

mo historiador, de la veneracion de esta Santa en iglesias y en celebrar su fiesta, y en otras solemnidades. Junto á Benavente hay un escelente monasterio de monjas dedicado á la memoria de la misma virgen y mártir. Cerca de Barcelona hay otro convento de religiosos Franciscos con el mismo titulo. De lo qual y del nombre de Sta. Coloma, que con alguna variedad han tomado algunos pueblos de España, se colige la veneracion en que ha sido tenuta en nuestras provincias, y el zelo con que en ellas se ha procurado perpetuar su memoria.

SANTO DOMINGO, MÁRTIR.

UNO de los ilustres mártires de Jesucristo sacrificados al furor de los bárbaros mahometanos en la infeliz época que se hallaban éstos dueños de casi toda la península de España, fué santo Domingo Jañez natural de la ciudad de Zamora, donde es y ha sido célebre su memoria desde que triunfó gloriosamente de los enemigos de la fe. Siguió Domingo la carrera militar con el noble objeto que alentaba por entonces á los cristianos mozarabes de la nación, no otro que el de sacudir el pesadísimo yugo de los agarenos. Invadieron éstos á la ilustre villa de Simancas, llamada antiguamente Septimancas, lo mismo que siete manos mancas; cuyo honroso título tomó de un hecho que pudo competir con los mas famosos que en materia de honestidad elogian las historias sagradas y profanas. Fué el caso, que habiendo entrado victoriosos los moros en el espresado pueblo, temerosas siete virgenes ilustres de que insultasen los bárbaros su pureza, se cortaron las manos siniestras, y se afearon los rostros con su propia sangre, para cóntener el atrevimiento de los invasores con un aspecto tan horroroso. Pasaron á cuchillo los africanos á todos los fieles que encontraron en Simancas, resentidos de la vigorosa resistencia que hicieron al porfiado sitio que pusieron á la villa, y volviendo victoriosos á Córdoba, corte de los mahometanos, donde á la sazón reinaba Isen ó Iscan, llevaron consigo entre otros muchos cautivos á Domingo, á quien pusieron en una oscura mazmorra con otros cristianos que participaron de la misma infeliz suerte. Hiciéronles padecer innumerables trabajos é imponderables miserias por espacio de dos años y medio; pero todas estas calamidades las sufrieron los ilustres prisioneros con inalterable paciencia, dando al Señor repetidísimas gracias por que les hacia dignos de padecer por su amor.

En este tiempo, segun escriben algunos, siendo Domingo casado, pasó de Zamora á Córdoba su mujer, llamada Violante,

asi para servir de consuelo á su amado esposo, como para tratar de su rescate; pero aunque sobre esto hizo las mas eficaces diligencias, no tuvo efecto la libertad del Santo á causa de la violenta usurpacion que hizo de sus bienes el rey D. Ramiro III de Leon, en cuyo tiempo sucedió aquella guerra. Resignáronse ambos esposos con la voluntad de Dios que así lo disponia; mas queriendo el Señor remunerar con libertad mas completa el pacífico sufrimiento de los fieles cautivos, que no cesaban de implorar la divina misericordia, les coronó con la gloria del martirio en el dia 31 de diciembre del año 985. No se ausentó Violante de Córdoba por la muerte de Domingo, antes bien determinó pasar el resto de sus dias en la misma ciudad, que fué el teatro del glorioso triunfo de su marido, al que sobrevivió un año ocupada en santas obras; y habiendo fallecido, se le dió sepultura en la iglesia de S. Acisclo y Victoria, segun se acredita por el epitafio de su sepulcro.

Murió Ramiro III antes del martirio de Domingo, y habiéndole sucedido en el reino de Leon Bermudo II de este nombre, condoliéndose de los trabajos y de las miserias que padecian en la cárcel de Córdoba los cristianos que fueron cautivos en Simancas, envió sus oradores para que solicitasen su rescate. Supieron estos antes de llegar á Córdoba la muerte de Domingo y de sus ilustres compañeros, y noticiándola á Bermudo, quiso este religioso príncipe que fuese la iglesia heredera de los bienes del ilustre mártir, que usurpó D. Ramiro contra la autoridad y el decoro de su real persona, pareciéndole cosa ajena de razon el que gozase su dueño de la vision beatífica, y que poseyesen sus bienes otros que no estuviesen consagrados al servicio del Altísimo en la tierra, segun consta por su real privilegio con fecha de 4 de febrero del año 988, en el que dice Bermudo: *En memoria del ilustre mártir Domingo Sarracino, quiero hacer donacion de su hacienda como cosa debida y justa á la iglesia donde está sepultado el apóstol Santiago nuestro patron, para que sea suya, y la goce para siempre: la que se le dé y entregue en honra del dicho mártir, para que los que allí viven sirviendo á Dios, acordándose de él, y ofreciéndole cada dia oraciones y sacrificios, tengan socorro en lo temporal.*

Dieron los cristianos sepulcro á los venerables cuerpos de Domingo con los de sus compañeros en Córdoba; y habiendo recuperado aquella ciudad del poder de los moros el santo rey Fernando III de Castilla, se trasladaron en su tiempo las reliquias del ilustre mártir Domingo á Zamora, donde son tenidas en gran veneracion, y se conserva hasta el dia una ermita antiquísima

bajo de su advocacion cerca del vado que llaman de D. Garcia, en la que se halla un sepulcro de no menos antigüedad, donde se dice estar el cuerpo del Santo.

SANTA MELANIA, LA MENOR.

**M**ELANIA la Mayor fué de una familia nobilísima española, aunque descendiente de romanos, y con parentesco con S. Paulino de Nola, nada inferior en nobleza y riquezas á las mayores de Aquitania y España. Habiéndose casado muy jóven quedó viuda á los veinte y tres años de su edad. Por muerte de su marido dijo esta mujer á Dios: «Ahora, Señor, quedé en libertad para dedicarme sin distraccion á vuestro servicio:» y habiendo puesto á su hijo Publicola en poder de buenos tutores, se embarcó con Rufino para Alejandria, en el año de 371, y visitó á san Atanasio; y él le dió una piel de oveja que S. Macario, abad, le habia dado á él por un gran presente, por habérsela traído al santo abad un leon ó una hiena en reconocimiento del beneficio que habia recibido por haber dado vista á un cachorrillo suyo que estaba ciego. De Alejandria pasó Melania á visitar aquellos desiertos de Egipto poblados de monges, que vivian en la tierra como ángeles del cielo, y despues de invertidos seis meses en esta visita, distribuyendó largas y copiosas limosnas, se trasladó á Palestina, pero tan disfrazada, que el gobernador de Jerusalem la puso en una prision por haber ido á visitar algunos presos, hasta que se dió á conocer, y fué tratada con el respeto debido: pasado algun tiempo, erigió un monasterio en Jerusalem, se vistió de un áspero sayal, sin mas cama que el duro suelo, y sin mas con que cubrirse que una manta. Así vivió en Palestina veinte y siete años haciendo empleo total de su alma la oracion, la meditacion, y la lectura de las santas Escrituras. Creció su hijo Publicola, y adquirido el complemento de todas las buenas cualidades de cuerpo y alma, casó con Albina, en quien tuvo un hijo y una hija que es Melania la Menor, de que hemos de tratar. A los trece años de su edad casó con Piniano, hijo de Severo, que habia sido prefecto de Roma. Los hijos de ésta murieron niños, y con sus súplicas y discursos patéticos ganó el consentimiento de su marido, y le persuadió á ligarse por voto á perpetua castidad. Melania la Mayor con esta noticia dejó el Oriente, y se volvió á Roma despues de una ausencia de treinta y siete años. Saliéronla á recibir en Nápoles una tropa de ilustres personajes de la primera nobleza romana, quienes la acompañaron desde allí con un rico aparato ly suntuosos equipajes. La

húmilde Melania caminaba al frente de ellos á caballo, y vestida pobre y religiosamente. Mientras estuvo en Roma fué todo su cuidado precaver á Piniano y á su nieta contra las herejias de aquella era. Permaneció cuatro años en Occidente, en cuyo intermedio hizo un viaje al Africa; y allí recibió la noticia de la muerte de su hijo Publicola. A su vuelta á Roma aconsejó á Piniano y á nuestra Santa dar cuanto tuviesen á los pobres, y encerrarse en algun remoto retiro. Abrazaron gustosamente el consejo y fueron imitados por Albina. Avita, sobrina de Melania, despues de convertir á su marido de los errores de la idolatria, le indujo á hacer junto con ella voto de perpetua castidad. Su hijo Asterio, y la hija de estos Eunomia, siguieron el mismo ejemplo. Todas estas personas ilustres y devotas fueron juntas á hacer una visita á S. Paulino de Nola. Tantas y tan admirables conversiones tenian atónitas á Roma y á toda la cristiandad. La Mayor Melania, apenas habia completado esta obra, cuando se volvió á su soledad. El tumultuoso bullicio de Roma hacia que tuviese á aquella ciudad por lugar de destierro y verdadera prision; ni podia soportar el tumulto del mundo y la distraccion de las visitas. Rufino acompañó á Melania hasta Sicilia y allí murió. Melania arribó á Jerusalem, distribuyó entre los pobres el residuo de su dinero, y se encerró en un monasterio. Pero commutó esta vida mortal á los cuarenta dias por la eterna, en el año de 410, teniendo como unos sesenta y ocho de edad. Esta Melania parece haberse empeñado acérrimamente con Rufino en defensa de Origenes. Los encomios que la dan S. Agustin, S. Paulino, y otros muchos, evidencian su fe y su virtud ortodoxas, aunque su nombre nunca fué colocado entre los Santos, á no ser que se entienda el suyo de una Melania que se halla en un calendario manuscrito de que hace mencion Chifflet, segun nos dicen Papebroquio y José Assemani.

Albina, Melania la Menor y Piniano dimitieron primero los estados que tenian en España y Francia, reservando los que poseian en Italia, Sicilia y Africa. Dieron libertad á ocho mil de sus esclavos, y los que no quisieron aceptarla les dieron al hermano de Melania. Sus mas ricas alhajas las dieron á las iglesias y altares; y el primer sitio á que se retiraron fué á los campos de Campania y Sicilia, donde gastaban el tiempo en oracion, lectura, y visitar pobres y enfermos para consolarles y socorrerles. Para este fin vendieron tambien los estados de Italia, y pasaron al Africa, donde estuvieron algun tiempo, primero en Cartago y despues en Tagaste, bajo la direccion de S. Alipio, que era en aquel tiempo obispo de aquella ciudad. En un viaje que